9354

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

¿Quo vadis?

ZARZUELA DE MAGIA DISPARATADA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN DIEZ CUADROS, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

RUPERTO CHAPÍ

SOCIEDAD

MADRID
SALÓN DEL PRADO, 14, HOTEL
1902

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/quovadiszarzuela1395chap

¿QUO VADIS?

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

¿Quo vadis?

ZARZUELA DE MAGIA DISPARATADA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN DIEZ CUADROS, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

RUPERTO CHAPÍ

Representada por primera vez en el TEATRO DE APOLO
el 28 de Diciembre de 1901.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1902

A Emilio Carreras,

Sinesio Delgado.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Maga	Srta. Carmen Fernández.
Jimena	» Joaquina Pino.
Fátima	» Isabel Brú.
Jezabel	» Amparo Taberner.
Papia Popea	» Elisa Moreu.
Ninetis	D.ª Felisa Torres.
La Princesa encantada	» Pilar Vidal.
Aniceto Monsalve	D. Emilio Carreras.
Astolfo de Calahorra	» Melchor Ramiro.
Pentapolín	» José Mesejo.
Nerón	» Emilio Mesejo.
Pompilio Aulo	» Anselmo Fernández.
Cayo	» Andrés Ruesga.
El Emir de Córdoba	» Isidro Soler.
Un Juez	» Vicente Carrión.
Tarfe	» Antonio P. Soriano.
Un Escudero	» Manuel Sánchez.

Hadas benéficas, enanos, alguaciles, jueces, verdugos, caballeros, damas, gente de la Corte, familiares del Santo Oficio, frailes, herejes, cofrades, soldados de Felipe V, guerreros musulmanes, esclavos persas, númidas, galos y macedonios, esclavas egipcias, gladiadores, doncellas indias, tribunos, cónsules, patricios, vestales, matronas romanas, guardia pretoriana, bestiarios y pueblo de Roma.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Jardinillo de una plaza pública con bancos. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Antes de terminar el preludio se levanta el telón. Sigue un momento la música pintando, si es posible, la soledad del sitio y la negrura y el frío de la noche. Cuando esta dificilísima descripción termina, sale por cualquier parte MONSALVE mal trajeado, con el tipo clásico del cesante teatral que no morírá nunca. Excusado es decir que, antes de romper á hablar, el público ha de comprender que está aterido el personaje, para lo cual, lo mejor será que se sople los dedos, que dé pataditas en el suelo y que se golpee los hombros cruzando los brazos. En cuanto haya hecho todas estas manifestaciones, se descuelga murmurando las vulgaridades siguientes:

¡La bolsa ó la vida! Con estas dulcísimas palabras acaban de saludarme, á la vuelta de aquella esquina, dos hombres envueltos en mantas. ¡Qué país éste! ¡Qué falta de seguridad personal! Es decir, que si por casualidad llego yo á tener un duro en algún bolsi-

609576

llo, ahora andaría por aquí muerto de frío y sin saber dónde pasar la noche. La suerte es que yo conozco el terreno que piso y ni en un momento de arrebato se me ocurre llevar dinero encima. Claro que un duro es una porquería, porque vamos á ver: ¿qué iba á hacer yo con las cinco pesetas? ¿Comprar un palacio? Imposible. ¿Alquilar un coche de cuatro caballos? De ninguna manera. ¿Mandarme hacer un gabán con forros? No hay para tanto. ¿Comerme una sopa de ajo con huevos, medio kilo de merluza, una chuleta empanada y una ración de queso de ese que pica? ¡Eso! ¡eso es lo que puede que hiciera yo con un duro! Pero ¡qué vergüenza me daría luego! Huevos, merluza y queso á un hombre de mi alcurnia... ¡Un hombre que no debe, que no puede alimentarse más que con sesos de faisán y con nidos de golondrina! No sé de cierto quiénes fueron mis antepasados, pero debo descender de un archipámpano de Sevilla. En mis ratos de ocio y de hambre, es decir, en todos mis ratos, siento allá dentro un escarabajeo de la sangre que me dice: «Aniceto, tú no eres lo que pareces, tú eres un potentado que no tiene dónde caerse muerto, pero el día menos pensado cambiará la suerte y te atracarás de perdices, y tendrás una porción de mujeres hermosas que te llamarán gatito suyo»... ¡Ay! entre tanto no hay más remedio que pasarse días enteros sin la alimentación necesaria y acostarse en el primer banco que se encuentre. Porque, eso sí, en punto á desgracia no me gana ningún magnate venido á menos. Creo que, si en lugar de hacerme persona humana, me hubieran hecho tranvía eléctrico, se me estaría saliendo el *trole* á todas horas. ¡Ea! á la cama á aguantar la helada... (Se tumba en un banco de piedra.) Con Dios me acuesto, con Dios me levanto... con la Virgen María y por cabecera un canto.

ESCENA II

MONSALVE, la MAGA y CORO DE HADAS BENÉFICAS

Música.

(Salen las señoras envueltas en amplios mantos ó capuchones que no permitan ver los trajes de pura fantasía que llevan debajo, para no quitar el efecto que se ha buscado siempre en estas diabólicas transformaciones. Pisan muy quedito y más que andar parecen deslizarse.)

MAGA y CORO. Ya los ojos entorna
poquito á poco
y se duerme soñando
que viene el coco.
¡Sí que vendrá,
y al país de los sueños
te llevará!
Duerme en el duro banco,
pobre inocente,
que mientras tú reposas
tranquilamente
rebujadas en mantos
vienen las hadas
á abrasarte en el fuego
de sus miradas.

—

Furioso el ábrego
silba en la sierra,
heladas ráfagas
cruzan la tierra,
y en su diabólica
perpetua marcha
van los espíritus
entre la escarcha.

—

Llegan aquí
y á llevarte á palacios magníficos
vienen por ti.

—

Acerquémonos todas
poquito á poco,
mientras duerme soñando
que viene el coco,
y al encontrarse luego
con vida nueva,
nunca sabrá de cierto
quién se lo lleva.
Desde hoy benévola
sea la suerte,
que se halle príncipe
cuando despierte,
viva en alcázares,
goce en festines,
trate con ángeles
y serafines.

—

Vamos allá,
que la pálida luz del crepúsculo
pronto vendrá.

—

Abre los párpados
poquito á poco,
y anda y defiéndete
que viene el coco.
Que viene el coco,
despierta ya,
y á vivir en palacios magníficos
te llevará.
¡Que viene el coco!
¡Despierta ya!

Hablado.

(Al terminar la música, la Maga se acerca á Monsalve, que duerme en el banco, y le da un fuerte tirón de orejas, como se desprende del texto.)

ANIC. ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Quién me tira de las orejas?

MAGA. Despierta y oye, miserable mortal.

ANIC. Poco á poco; eso de miserable... (Se incorpora.) ¡Cielos! ¡Las brujas! Vámos; esto es una pe-

sadilla por la mala postura. (Sentándose rápidamente y con malos modos.) ¿Qué se les ofrece á ustedes?

MAGA. ¿Tú sabes que estaba escrito que hoy á estas horas vendrías á reposar en este banco?

ANIC. ¿Estaba escrito? No leo periódicos.

MAGA Estaba escrito en el libro del destino, ¡imbécil! Y vas á empezar á cumplir tu misión si te sientes con fuerza para ello.

ANIC. Si me dais algo caliente, me siento con fuerzas para todo. ¿Qué es lo que hay que hacer?

MAGA. Descuajar los montes, registrar las entrañas de la tierra y dominar los elementos.

ANIC. ¿Nada más? Vaya, pues que ustedes descansen. (Vuelve á tumbarse. La Maga insiste en el tironcito.)

MAGA. ¡Escucha!

ANIC. ¡Que no me tires de las orejas, caramba, que tengo sabañones!

MAGA. Tu misión es romper el encanto que aprisiona á una princesa y darla tu blanca mano.

ANIC. ¿Sabes lo que pienso?

MAGA. ¿Qué?

ANIC. Que me han hecho daño los percebes que pensaba tomar antes de acostarme, y estoy soñando desatinos.

MAGA. No sueñas, majadero; tú eres una víctima de un mago enemigo que te persigue para que no puedas redimir á la princesa y colocarla en su trono.

ANIC. ¿Tronos? ¿Princesas? ¡Vaya! Éstos son los percebes.

MAGA. Pero si te sientes con valor para luchar contra toda clase de sortilegios, el mago será vencido, y tú habitarás en alcázares de oro, vestirás de púrpura y tendrás á tu servicio centenares de esclavos.

ANIC. ¡Ya decía yo que no era natural aquel escarabajeo de la sangre!

MAGA. ¿Te decides ó no?

ANIC. Sí; me decido por la púrpura.

MAGA. Pues acércate al banco en que dormías y levanta la piedra.

ANIC. ¿La piedra? ¡Sereno! (Llamando.)

MAGA. ¿Qué haces?

ANIC. Llamar al sereno que no estará tan débil.

MAGA. Prueba he dicho. (Monsalve se acerca al banco y levanta fácilmente la piedra.)

ANIC. Pues es verdad, ¡la manejo como una pluma!

MAGA. ¿Qué ves en el fondo?

ANIC. Nada.

MAGA. Registra con la mano.

ANIC. ¿Que registre? ¿Y si el encantador ese ha metido aquí una serpiente de cascabel y me muerde en un dedo?

MAGA. ¡Cobarde! Así no podrás nunca salvar á la princesa.

ANIC. ¡Vaya, todo sea por la princesa! (Mete la mano en el hueco del banco y al cabo de un rato saca un panecillo francés.) ¡Caramba! ¡Un panecillo! ¡Quién había de decirme que me había dormido sobre la felicidad sin saberlo! (Sigue registrando.)

MAGA. ¿Qué buscas ahora?

ANIC. Á ver si hay salchicha.

MAGA. No hay más que el pan.

ANIC. Pues ¡qué demonio! del lobo un pelo. (Se lo lleva á la boca.)

MAGA ¡Quieto! Desgraciado, ¿qué vas á hacer?

ANIC. (Muy asustado.) ¡Qué! ¿Es veneno?

MAGA. No.

ANIC Pues entonces voy á ver si está hecho á máquina.

MAGA. ¡Líbrate de morderlo jamás! Perdería la virtud al instante y no podrías salir de la miseria ni romper el encanto.

ANIC. ¡Ah! ¿De manera que la virtud de este panecillo está en que no se lo coma nadie?

MAGA. Precisamente.

ANIC. ¡Al revés que los demás panecillos!

MAGA. ¡Tiempo tendrás de saciar el hambre! Con este talismán poderoso te obedecerán millares de seres invisibles, apresurándose á satisfacer todos tus deseos.

ANIC. Pues no hay que dejarlo para más tarde. Panecillo misterioso (con exagerada solemnidad), yo te mando que...

CUADRO II.—La maga.

MAGA. Espera. Antes es preciso jurar que pelearás con el nigromante enemigo y que estás dispuesto á afrontar todos los peligros para salvar á la princesa. ¿Lo juras?

ANIC. ¡Lo juro!

MAGA. ¡Genios del bien! El talismán ha recobrado su poder en manos de Aniceto Monsalve.

ANIC. ¡Presente!

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Desaparece el banco en que dormía Monsalve; la plaza pública se trueca en un salón del palacio de la Maga, espléndidamente decorado é iluminado brillantemente, y la Maga y las hadas, despojándose de mantos y capuchones, aparecen vestidas con asombroso lujo y lo más hermosas que puedan.

Música.

MAGA Y CORO. Mágicos perfumes,
luz esplendorosa,
brotan al mandato
sobrenatural.
Una fuerza oculta,
grande y poderosa,
su poder te brinda,
misero mortal.
Recrea tus ojos en nuestra belleza,
y admira los seres de un mundo mejor;
que nuestros encantos te den entereza,
que nuestros hechizos te presten valor.
Corre á luchar
sin desmayar
en el combate singular.
Vence al traidor
encantador
y busca el premio del amor!

—

ANIC. Entre brujas siempre
viviré tranquilo
si todas las brujas
son por el estilo.

CORO. Míranos, míranos, míranos bien;
fíjate, fíjate, fíjate más;
si huimos rapidas lejos de aquí
lívido y lánguido te quedarás.

CUADRO II.—HADAS BENÉFICAS.

Una garganta
como la nieve,
una boquita
como un piñón

y un alma tierna
que se conmueve
con los arranques
de la pasión.
¡Míranos bien!
¡Fíjate más,
que luego triste
te quedarás!

ANIC. Tienen razón,
soy un melón;
¡ahora echo de menos
la alimentación!

(Las hadas empiezan á separarse de él poco á poco.)

CORO. Recrea tus ojos en nuestra belieza
y admira los seres de un mundo mejor,
que nuestros encantos te den entereza,
que nuestros hechizos te presten valor.
(Alejándose más.)
Corre á luchar
sin desmayar
en el combate singular.
Vence al traidor
encantador
y busca el premio del amor. (Vanse.)

ESCENA III

ANICETO MONSALVE. Luego DOS ENANOS. (No hablan.)

Hablado.

Bueno, ¿y qué hago yo solo en este palacio encantado? Lo primero será tomar un bocadillo para adquirir bríos contra el encantamiento... y por si vuelven esas. (Dirigiéndose al panecillo.) Vamos á ver; si no me sirves en seguida te pego un mordisco. Necesito que me traigan un tente en pie para ir abriendo boca. (Sale por la derecha un Enano con una bandeja llena de pasteles.) ¡Hola! Me alegro de verte bueno. Tú serás uno de mis novecientos y

pico de esclavos, ¿eh? ¿Qué me traes aquí? ¡Hombre! Media docenita de pasteles. Pero ¿y el vino, hombre? ¿Cómo quieres que una persona decente tome pasteles sin vino? (Sale por la izquierda otro Enano con otra bandeja con una botella y copas.) ¡Ah, vamos! Muchas gracias. Supongo que será jerez superior; ¿eh? Veamos. (El Enano que ha traído las copas se convierte rápidamente en gigante, y por consiguiente, la bandeja y su contenido quedan fuera del alcance de Aniceto.) ¡Adiós, parvulito! Por lo visto con éste no hay que contar para nada. ¡Ah, ya caigo! Es que he cometido la imprudencia de querer beber sin haber comido nada, y eso aquí se considera de mal tono. A ver, uno de crema. ¿Te parece que lo escoja de crema? ¿Sí? Pues éste. (Va á echar mano á un pastelillo en el momento en que el Enano crece como la espuma, y le deja también con la boca abierta.) ¡Usted lo pase bien, señor de *Goliate!* Haced el favor de no pitorrearse del amo, porque os despido en seguida. ¡Granujas! ¡Mal educados! (Queda inmóvil entre los dos Enanos.) Pues señor, ¿tendré yo desgracia, que la primera vez que puedo comer se suben los comestibles? Vamos, haced el favor de bajar. (Los Enanos descienden. Al de los pasteles.) ¿Me dejas tomar un pastelito? ¿Sí? Pues estate quieto. (Alarga ansiosamente una mano para coger las viandas; pero en el instante en que llega á ellas los pasteles se inflaman, produciendo un horroroso estampido. Monsalve se asusta, cae al suelo y se le escapa el panecillo, que rueda un buen trecho. Como le falta el talismán, el palacio esplendoroso de la Maga desaparece en una oscuridad de noche cerrada, y los Enanos por donde vinieron. Todo muy rápido mientras él grita:) ¡Zambomba! ¡Socorro! ¡Socorro!

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Al desvanecerse la pavorosa sombra que se cierne sobre el escenario y entre la cual se adivina á Monsalve, presa del terror, debatiéndose en el suelo, el palacio de la Maga queda convertido en un subterráneo húmedo y lóbrego, cuanto más lóbrego y más húmedo mejor, para que se note más el contraste. En las pilastras y en los rincones se ven argollas, tenazas, potros, látigos y otros instrumentos de tortura.

ESCENA IV

ANICETO MONSALVE, ASTOLFO, de familiar de la Inquisición.

AST. ¿Quién grita? ¿Quién necesita auxilio?

ANIC. Aquí, guardia. Haga usted el favor de encender una cerilla. (Astolfo abre una linterna y la escena se ilumina un poco.)

AST. ¿Estáis herido?

ANIC. ¡Estáis! Estoy yo solo (Incorporándose) ¡Calla! ¿Qué esperpento es éste? ¿Con quién tengo el honor de hablar?

AST. Con el alguacil mayor de la Santa Hermandad.

ANIC. ¿Cómo de la Santa Hermandad? ¿Es que va á seguir el pitorreo?

AST. Y vos, ¿quién sois?

ANIC. ¿Yo? Un infeliz que ha perdido un panecillo. Haga usted el favor de alumbrar por aquí á ver si lo encuentro. (Recogiendo el panecillo del suelo) Muchas gracias. ¿Usted sabe lo que es esto? Pues lo va usted á ver en se-

guida. ¡A ver! Vuélvanme á mi palacio y sírvanme un par de truchas escabechadas. (Pausa. No ocurre nada.)

AST. ¿Qué disparates decis?

CUADRO III.—ASTOLFO DE CALAHORRA.

ANIC. Pues por lo visto si que son disparates, porque este cacho de rosca no me hace caso. (Dirigiéndose otra vez al panecillo.) ¡Pronto! ¡Venga la Maga! (Otra pausa. Tampoco se mueve una mosca.) Silencio también. Vaya, estoy perdido.

AST. Hablemos claro, imbécil. Ese panecillo no te

servirá para nada mientras esté yo delante.

ANIC. ¿No? ¿Por qué?

AST. Porque yo no soy lo que parezco. Yo me llamo Astolfo de Calahorra, dueño y señor del trono de la India, mientras la princesa no logre romper el encanto; y aunque nada puedo contra tí directamente, haré que halles la muerte antes de conseguir tu objeto.

ANIC. ¡Ah! ¿De manera que tú eres el mago enemigo? Pues mira, todo puede arreglarse. Yo renuncio á la mano de la princesa, tú te sientas con ella en el trono y á mí me hacéis pinche de las reales cocinas. ¿Hace el trato?

AST. ¡Imbécil!

ANIC. ¡Ya me va cargando á mí la muletilla, hombre! No me vuelvas á saludar en tu vida.

AST. ¡Quieto! De aquí no sales.

ANIC. No; si no me marcho. Voy aquí á un rinconcito á comerme el talismán, porque para lo que me sirve... (Al ir á morderle se oye una voz cavernosa que dice: «¡No lo muerdas!»; él remeda esta voz y se repite otra vez el mismo juego.) Ya quisiera yo ver á los espíritus con un hambre de veinticuatro horas y un amuleto de esta clase en la mano.

AST. Pronto dejarás de sufrir, porque van á quitarte de enmedio. ¡Favor al Santo Oficio!

ANIC. ¡Atiza!

ESCENA V

DICHOS. Cuatro ALGUACILES. Luego tres JUECES El VERDUGO.

AST. (Á los Alguaciles.) Vigilad á este hombre y no le permitáis hacer el menor movimiento mientras el tribunal le interroga.

ANIC. ¡Ah! ¿Pero vamos á tener tribunal y todo?

AST. ¡Silencio! (Se descubre parte del foro y aparece el Tribunal de la Inquisición en funciones. Los Jueces muy feos y muy graves. El Verdugo á un lado esperando órdenes.)

ANIC. ¡Cristo! ¡qué caras!
JUEZ. (Con mucha solemnidad.) ¿Cómo os llamáis?
ANIC. Aniceto Monsalve Fuenlabrada.

CUADRO III.—UN JUEZ.

JUEZ. ¿En qué os ocupáis?
ANIC. Pues en las labores propias del sexo.
JUEZ. ¿Es cierto que tenéis tratos con el demonio?
ANIC. ¡Anda salero! con lo que salimos ahora. No tengo el honor de conocerlo.

JUEZ. Sin embargo, se os acusa de que todos los sábados os untáis con manteca...

ANIC. ¡Ay, qué rica!

JUEZ. ¿Qué contestáis á eso?

ANIC. Que no caerá esa breva. Y que usía me confunde con media tostada de abajo...

JUEZ. Os untáis con manteca, montáis en una escoba y salís por la chimenea dando chillidos.

ANIC. Naturalmente.

JUEZ. ¡Cómo!

ANIC. Que también usía chillaría si la cabalgadura le hiciera daño en el hueso dulce.

JUEZ. Y con todas las brujas y endemoniados os dedicáis al baile y al festín adorando al macho cabrío.

ANIC. ¿Ha concluído usía?

JUEZ. Sí. ¿Es eso cierto?

ANIC. No señor. Hace mucho tiempo que no voy á reuniones cursis. No tengo ropa á propósito.

JUEZ. Esas vestiduras estrambóticas con que os cubrís demuestran que tenéis pacto secreto con Satanás.

ANIC. ¡Anda! ¡Estrambóticos llama á un gabán del Rastro y á un sombrero de copa que ha sido de un diputado á Cortes!

JUEZ. ¿Confesáis ó no?

ANIC. Pero ¿qué voy á confesar, hombre? ¡Pues no son ustedes poco coscas!

JUEZ. (Al Verdugo.) Aplicadle el tormento.

ANIC. (Á Astolfo.) ¿Qué dice?

AST. Nada: que te van á poner unas cuerdecitas en los dedos y van á apretar hasta que salga la sangre.

ANIC. (Deteniendo al Verdugo, que se le acerca.) ¡Eh, no! ¡Quieto! ¡Pues vaya unas bromas! ¡Alto! Sí; confieso que me han llevado las brujas... y que luego me han dejado en la estacada.

JUEZ. Basta. Dejadle. (El Verdugo vuelve á su sitio.) Escribid. (Á uno del Tribunal.) Condenamos á Aniceto Monsalve, por hereje y hechicero...

ANIC. Gracias por el piropo. Los hechiceros y los graciosos son ustedes.

JUEZ. A la pena de muerte en la hoguera...

ANIC. ¡Hombre! ¡qué idea más feliz!

JUEZ. Que se le aplicará, para mayor gloria de Dios y esplendor del culto, en el auto que se ha de celebrar esta misma tarde.

CUADRO III.—EL VERDUGO.

ANIC. ¡Así! ¡así! ¡Las cosas en caliente! (Se cierra el fondo y desaparecen el Tribunal y el Verdugo.) Vayan ustedes con Dios y muchísimas gracias.

AST. Llevadle al calabozo.

ANIC. Sí, sí, llevadme. En cuanto me quede solo con el panecillo, ya os lo dirán de misas.

AST. (Muy cariñoso.) Yo te acompañaré en estos últimos momentos hasta que te consuman las llamas.

ANIC. ¡Ah! ¿no piensas separarte de mí? Pues no me da la gana jugar. Eso no vale.

AST. Andando.

ANIC. ¡No empujar así, recontra! (A los Alguaciles.)

AST. ¡Vaya! ¡Menos conversación y adelante!

ANIG. A este Mago le voy á dar yo con el talismán en las narices. (Vanse.)

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

Una calle de Madrid en el siglo XVI. Todos los balcones están adornados con colgaduras negras; en las bocacalles y las puertas de las casas se agrupa una multitud ansiosa de presenciar el paso del cortejo.

ESCENA VI

CABALLEROS, DAMAS y GENTE DEL PUEBLO. Después FAMILIARES DEL SANTO OFICIO, SOLDADOS, CABALLEROS DE LA CORTE, FRAILES, CONDENADOS y acompañamiento.

Música.

CORO.

La procesión es larga
¡y hay muchos condenados!
Gocemos de la fiesta
que va á ser un primor.
Quemando á los malditos
herejes renegados,
prosperan los dominios
del rey nuestro señor.

—

Cuando prende la llama en la leña
y las piras comienzan á arder,
se retuercen de rabia los diablos
y se escapan á todo correr.
El olor de la carne quemada
entre el humo que llega hasta el sol,
es el goce de todos los días
del magnánimo pueblo español.

—

Esta tarde tuestan
á un brujo extranjero,
que una chimenea
lleva por sombrero;

CUADRO IV.—Mujeres del pueblo.

nadie lo que dice
le puede entender,
y hace muchos años
vive sin comer.

¡Ay, qué placer!
Silencio, que ya cerca
está la procesión.
Hagamos calle, y viva
la Santa Inquisición.

(La gente deshace los grupos y forma en dos filas para presenciar el paso de la comitiva que aparece por el foro derecha, avanza lentamente y va desfilando por la primera izquierda. Marcha delante (1) un piquete de soldados; viene después una cofradía entera con su pendón correspondiente; luego dos filas de caballeros de la Corte, con hachas encendidas, y detrás los condenados, entre frailes, con sus sayos de llamas y sus caperuzas altísimas. El último de éstos llega Monsalve, acompañado de dos frailes, como los demás. Le han puesto el sayo correspondiente, pero le han dejado el sombrero de copa para mayor ignominia. Cuando el grupo de que forma parte llega al centro de la escena, se para en firme y se niega á avanzar á pesar de las vivas excitaciones de los religiosos. Como es consiguiente, tras él se para el resto del cortejo, que se compone de familiares del Santo Oficio, más caballeros, más frailes y más soldados.)

ANIC. Ya no veo al mago
por ninguna parte.
Valor, Aniceto,
que van á tostarte.

FAMILIAR. (Adelantándose.)
Sigan andando,
no hay que parar.

CORO. Es que ese brujo
no quiere andar.

FAMILIAR. ¡Vamos, perro judío!

ANIC. ¡Le digo á usté que no!
¡Y alto el carro, señores,
que ahora mando yo!

(Monsalve sacando el panecillo de entre el sayo.)

Mágico panecillo,
rómpete, truena, estalla,

---

(1) Cuatro tambores y banda.

CUADRO IV.—LA PROCESIÓN.

¡y á ver cómo haces polvo
á toda esta morralla!

(Terrible catástrofe. Se oyen truenos, caen rayos, del suelo brotan grandes llamaradas, se hunden los edificios y el estrépito es ensordecedor. La gente grita, huye, cae, se atropella, y por último, todos muerden el polvo, menos Monsalve que levanta en triunfo el panecillo.)

MUTACIÓN

CUADRO QUINTO

Habitación modesta en casa del Cid.

ESCENA VII

MONSALVE

Hablado.

¿Se puede? ¡Adelante! Estoy en mi casa. (Entra en escena. Viene vestido como en el primer cuadro.) ¡Y qué olorcillo á guisado sale de aquí, de la derecha. Eso prueba que voy á confortar á un tiempo el espíritu y el estómago. Porque yo necesito las dos cosas: un reparito por la parte de adentro y un héroe que me ampare en mis desventuras. Por eso he pedido al genio protector que me mande un hombre de un valor extraordinario, cuyo solo nombre asuste á todos los nacidos y que me sirva así como de chulo segundo para andar por casa. Aquí debe vivir ese asombro, puesto que aquí me encamina el talismán. ¡A ver! ¡El héroe! ¡Que salga el héroe! ¡Que me traigan al héroe! (Dando palmadas como si llamara al mozo.)

ESCENA VIII

ANICETO MONSALVE, JIMENA

JIM. No dé más voces el huésped
ni golpee entrambas manos,
que hacer ruido en casa ajena

CUADRO V.—Jimena.

no es de nobles hijo-dalgos.

ANIC. ¡Es una héroa! Me alegro.
¡Recontra y qué buen bocado!

JIM. Decid qué buscáis.

ANIC. Pues busco
un hombre.

JIM. No habéis de hallarlo,
que llorando vivo sola
lejos de mi bien amado.

ANIC. Entonces, ya sé á qué vengo.
¡A secarla á usted el llanto!

JIM. Si sois alimaña mala
como parecéis, marchaos,

ANIC. ¡Hombre! La parezco un bicho.
Pues me está perjudicando
de veras, por estos mundos,
el gabancito del Rastro.

JIM. Decid qué queréis.

ANIC. Pues quiero...
Ante todo; ¿dónde estamos?

JIM. En Castilla.

ANIC. Lo supongo.

JIM. Y en el hogar más honrado.

ANIC. (¿A que vive aquí Garcia
del Castañar?) ¿No está el amo
de la casa?

JIM. El rey Alfonso
me le trae atraillado
y para mí no le suelta
sino una vez en el año (1).

ANIC. Pues está usté divertida.
Si yo la sirvo para algo...

JIM. ¡Villano!

ANIC. ¿Qué?

JIM. No prosigas.
Nadie sin castigo ha alzado
los ojos hasta Jimena.

ANIC. ¡Dispense usté! Ya los bajo.
¡Vaya por Dios! ¿Conque sólo
una vez el rey tirano
la deja el esposo libre?

---

(1) Casi todo lo que dice Jimena está tomando del Romancero.

JIM. Y hasta los pies del caballo
tan teñido en sangre viene
que pone pavor mirarlo.
Y cuando mis brazos toca
luego se duerme en mis brazos
y en sueños gime y forceja,
que cuida que está lidiando.

ANIC. (¡Nada, que no se divierte
la pobre!) Pues yo en su caso
no me dormiría...

JIM. (Airada.) ¡Eh!

ANIC. ¡Nada,
siga usted, que ya me callo!

JIM. Y apenas el alba rompe
cuando le están acuciando
escuderos y adalides
para que se vuelva al campo.

ANIC. ¡Hola! ¿Es guerrero?

JIM. Invencible.

ANIC. Y mozo valiente.

JIM. Tanto
que aún no tiene barba y tiene
cinco reyes por vasallos.

ANIC. (¡Ese es mi hombre!) ¿Y se llama?

JIM. Rodrigo de Vivar.

ANIC. ¡Rayos
y truenos!... ¡El Cid!

ESCENA IX

DICHOS. ASTOLFO de Cid Campeador en traje de guerra con la celada en el rostro. Al fin UN ESCUDERO.

AST. El mismo.

JIM. ¡Ah, mi Rodrigo!
(Con grandísima alegría, naturalmente.)

AST. Á mis brazos,
mi esposa. (Se abrazan ceremoniosamente.)

JIM. El cielo os envía.

AST. ¿Quién es ese ser tan raro
que os acompaña, Jimena?

JIM. No lo sé.
ANIC. (¡Ya le han chocado
el gabán y el sombrerito
de copa!)
AST. Dejadme un rato
solo con él.
ANIC. (¡Me escabecha!)

CUADRO V.—ASTOLFO.

AST. Y disponed que comamos.
(Vase Jimena.)
ANIC. Gracias, Cid.
AST. Decid ahora
qué haceis en mi hogar. ¿Qué os trajo?
ANIC. Pues vengo á pedir ayuda.

AST. Si es contra un infiel, contadlo
con la cabeza cortada
á cercén de un solo tajo.

ANIC. (¡Parece bruto Rodrigo
de Vivar!) Es contra el mago
Astolfo de Calahorra.

(Astolfo suelta la carcajada.)

AST. ¡Imbécil!

ANIC. ¡Ea! Ya estamos
aquí con la muletilla.

(Astolfo abre la celada y descubre el rostro á Monsalve. Asombro del interesado.)

AST. Mírame bien.

ANIC. ¡Uy! ¡¡el mago!!
¡Ya se me ha quedado inútil
el talismán!

AST. Por milagro
te escapaste de la hoguera.
¡Hoy no te irás de mis manos!

ANIC. Es que...

AST. ¡Silencio! Alguien viene.

(Vuelve á cubrirse con la celada. Sale un Escudero con casco, lanza y rodela.)

ESC. Buen Rodrigo, por el llano
llega, entre nubes de polvo,
grande tropa de á caballo.

AST. ¡La morisma!

ESC. A sorprendernos
viene.

AST. No podrá lograrlo.
¡Pronto mis armas! Espera.
Dad á este animal extraño
un corcel, lanza y escudo.

(El Escudero da á Monsalve la lanza y la rodela. El otro las toma.)

ESC. Tomad.

ANIC. ¡Hombre! ¡estaré guapo
con todos estos arreos!
¡Me voy á hacer un retrato!

AST. Y al frente de la mesnada
ponedle.

ANIC. (¡Me hacen pedazos!

¡La Maga se está luciendo!)

AST. Con su facha pondrá espanto
en los enemigos.

ANIC. Nada;
¡que me llevan de espantajo! (Vanse.)

MUTACIÓN

CUADRO VI.—FÁTIMA.

CUADRO SEXTO

Salón del palacio de los emires de Córdoba. Esta decoración ha de ser espléndida y de marcado carácter morisco. Si no, no vale. El fondo se abre sobre una magnífica terraza con alféizar calado que da sobre la campiña.

ESCENA X

EL EMIR. Magnates y guerreros muslimes. Luego FÁTIMA.
(Al levantarse el telón aparecen formando cuadro, contemplando la salida del sol, cuyos primeros resplandores se ven desde la terraza.)

Música.

EMIR Y CORO.

¡Alalá! ¡Alalá!
¡Alalá! ¡Alalá!
De púrpura el Oriente
se va tiñendo ya.
De la neblina el blanco tul
rasga el espléndido arrebol,
y en el inmenso manto azul
rojo y radiante brilla el sol.

—

EMIR.

Guerreros de Mahoma,
ceñíos el alfanje,
que piafan los corceles
ansiosos de partir.
Volad, corred en triunfo
los campos de Castilla,

llevando victoriosa
la enseña del Emir.

CORO. Las manos poderosas
empuñen los alfanjes,

CUADRO VI.—EL EMIR.

que piafan los corceles
ansiosos de partir.
Guerreros de Mahoma,
corramos al combate,

llevando siempre en triunfo
la enseña del Emir.

—

(Cuando van á salir en son de guerra, aparece Fátima y con su voz los detiene.)

FÁT. Donceles de Córdoba,
oíd, esperad;
de la triste Fátima
la queja escuchad.

EMIR. (Á los guerreros.) ¡Esperad!
(Á Fátima.) Hable la hermosa
casta doncella,
la luz más viva,
la flor más bella,
que con su aroma
vierte alegría
por los pensiles
de Andalucía.

—

FÁT. Aliatar el valeroso,
el del manto de escarlata,
el magnífico en las fiestas
y en las justas vencedor,
ya no arranca dulces sones
á su citara de plata,
ni me canta dulces trovas
abrasándose en mi amor.
Llamábame estrella,
tesoro, sultana,
de tez de alabastro,
de labios de grana;
y mil y mil veces
le oyeron gemir
las ondas tranquilas
del Guadalquivir.
Mas ya de su guzla
no escucho el sonido,
ni al pie de mis rejas
le veo esperar,
que en una emboscada
y al golpe atrevido

de un perro cristiano
murió mi Aliatar.

—

EMIR. (Á los guerreros.)
Duro castigo
viene á pedir.

CUADRO VI.—FÁTIMA.

FÁT. Pronta venganza
pido al Emir.
¡Donceles de Córdoba,
partid á la guerra!

EMIR. ¡Por secar tus lágrimas
temblará la tierra!

—

FÁTIMA EMIR Y CORO.

Aliatar el valeroso,
el del manto de escarlata,
el magnífico en las fiestas
y en las justas vencedor,
gozará del paraíso
en su trono de oro y plata
mientras va á vengar su muerte
el alfanje triunfador.

ESCENA XI

DICHOS, TARFE. Después MONSALVE conducido por cuatro soldados muslimes.

Hablado.

TARFE. ¡Alto y poderoso Emir!

EMIR. ¿Qué nuevas traes?

TARFE. Un cristiano vestido á usanza de tierras desconocidas, acaba de caer en manos de nuestres centinelas.

FÁT. ¡Un cristiano!

TARFE. Del campo del Cid llega. Se le desmandó el alazán y ha venido á estrellarle contra la muralla.

EMIR. Traedle á mi presencia. (Vase Tarfe.)

FÁT. Una gracia te pido, poderoso Emir.

EMIR. ¿Cuál?

FÁT. Que ese prisionero sea mi esclavo; para atormentarle, para martirizarle en venganza de la muerte de mi Aliatar.

EMIR. Tuyo es desde ahora.

CUADRO VI.—TARFE.

Entran Monsalve, Tarfe ylos cuatro soldados.) ¿Es ésta la presa?

TARFE. Esta es.

EMIR. Nada más innoble y ruín se ha presentado ante mi vista.

ANIC. Favor que usted me hace.

EMIR. (Á Fátima.) En tu poder queda. Hazle sacar los ojos y cuélgale de una almena para que se lo coman los grajos. (Hace una seña á los demás y se retiran magnates y guerreros)

ESCENA XII

FÁTIMA, MONSALVE. Al fin ASTOLFO.

ANIC. No, no se moleste usted, señora. Iba usted á dar un disgusto á los grajos, porque no tengo más que huesecitos.

FÁT. (Acercándose á él iracunda.) ¿Sabes que eres mi esclavo?

ANIC. (¡Voy á ponerme fino!) Los caballeros de mi tierra somos siempre esclavos de las damas.

FÁT. ¿Sabes que te haré azotar con hierros encendidos y te atravesaré la lengua con un punzón de oro?

ANIC. ¿Sí? ¡Caramba con la niña! ¿Á que no?

FÁT. ¿Lo dudas?

ANIC. (Ayúdame, panecillo.) ¿No lo he de dudar? ¡Tú eres desde ahora la que va á obedecerme! (Aniceto Monsalve saca del bolsillo del gabán el panecillo, y desde este momento hasta que la escena termina, Fátima, como hipnotizada, avanzará ó retrocederá según Monsalve indique con el panecillo en la mano.)

FÁT. ¡Cristiano! Por Alah, ¿quién eres? ¿Qué talismán te ayuda?

ANIC. Pues alá... digo, pues ahí verás tú lo que son las cosas. Anda, sígueme.

FÁT. ¿Dónde vas? ¿Dónde quieres llevarme?

ANIC. Digo, espera. Coge todas tus alhajas y una buena ración de alcuzcuz para el camino, y

FINAL DEL CUADRO VI.

á correr el mundo á las órdenes de tu Aniceto.

FÁT. (¡Me atrae! ¡Me domina! ¡Sálvame, Mahoma, del hechizo!)

ANIC. Andando por las alhajas. (Vase Fátima, retrocediendo ante la presencia del panecillo, que Monsalve la enseña.) Ea, ya tengo para mi servicio particular una moza de rumbo. (Al panecillo.) Ahora prepárame un caballo y tráeme un albornoz para tapar el dichoso gabán, y pies para que os quiero. ¡Venga el albornoz! (Aparece Astolfo con túnica negra y cucurucho de nigromante, y riéndose á carcajadas ofrece un albornoz á Monsalve.)

AST. Aquí lo tienes.

ANIC. (Furioso.) ¡Otra vez el mago! ¡Maldita sea tu estampa! (En el colmo de la indignación le arroja con rabia el panecillo.) ¡Ay, qué bárbaro! ¡Ya me quedé sin amuleto!

AST. ¡Infeliz, que osaste desafiar mi poder!... ¡Trágueete la tierra para siempre! (Se oye un golpe de campana chinesca.)

ANIC. (Hundiéndose por escotillón.) ¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Señorita, no se moleste usted en buscar el alcuzcuz, que ya no me hace falta! (Desaparece en el foso. Por delante del mago, que contempla satisfecho la desaparición de Monsalve, cae un telón de gruta misteriosa.)

MUTACIÓN

CUADRO SÉPTIMO

Gruta.

ESCENA XIII

PENTAPOLÍN, que sale vestido de pieles, con una piqueta al hombro, un gorro estrambótico en la cabeza, y con tal facha y tan repugnante rostro, que su aspecto infunda pavor en el ánimo más esforzado.

Así, á primera vista, nadie dirá que yo soy encantador, ¿verdad? Pues soy tan encantador que he tenido que retirarme á esta gruta huyendo de las hadas, duendes, brujas y demonios coronados que no me dejaban vivir consultándome hechicerías, bebedizos y sortilegios. Por estas manos han pasado todos los talismanes y filtros que han convertido en niñas casaderas á muchas dueñas quintañonas, en burros á muchos escuderos y en ministros y príncipes á muchos burros. Tanto creció mi fama, que he tenido que labrarme en estas profundidades un retiro oculto, donde no puedan venir á molestarme.

ESCENA XIV

PENTAPOLÍN y la MAGA.

MAGA. Y no lo lograrás, ¡oh, sabio Pentapolín, árbitro y señor de las combinaciones diabólicas!

PENT. Ea, ya me destriparon el cuento.

MAGA. Perdona mi osadía, pero te necesito.

PENT. Ya sé para qué. (Con malos modos.)

MAGA. ¡Ah! ¿lo sabes?

PENT. Pues valiente sabio sería yo si no hubiera adivinado á lo que vienes. Pero no te canses porque ya no ejerzo.

MAGA. (Aproximándose mucho á él.) ¿De veras?

PENT. De ve... (Resistiendo la tentación.) Mira, mira, no me vengas con carantoñas.

MAGA. (Acercándose más.) Se trata de...

PENT. (Bruscamente.) ¡Y á mí qué me importa de lo que se trata! (Dulcificándose poco á poco.) (Este demonio de Maga es más guapa y más frescachona que las de mi tiempo.) (Más humanizado.) Bueno, se trata de que un badulaque á quien proteges, ha tirado el amuleto á la cabeza del nigromante y se ha encontrado sin virtud y precipitado en una caverna. ¿Y qué? ¡Déjale que se pudra!

MAGA. (Acariciándole con monería.) ¿Y yo también?

PENT. Tam... ¡sí! También. (¡Y qué blanca y fina es la condenada!) Estoy por ejercer de nuevo.

MAGA. Sólo quiero saber dónde ha ido á parar el panecillo.

PENT. Bueno; pues se lo ha comido el mago.

MAGA. No puede ser. Hubiera muerto inmediatamente y se hubiera salvado la princesa.

PENT. ¡Ah, picarilla, que lo sabe! (Pasándole la mano por el brazo desnudo y recreándose en la operación.) (¡Tiene la piel como el terciopelo!) Pues bien. Ese panecillo, en cuanto se queda solo, recorre el tiempo hacia atrás y dentro de un par de días, si su dueño no lo recoge, habrá llegado el caos.

MAGA. ¿Quién lo tiene ahora?

PENT. Ahora... ahora... (¡Para pensar en panecillos franceses estoy yo ahora!) Pues ahora está en poder de un panadero romano, que lo va á presentar como un prodigio de fabricación en el banquete que el emperador Nerón da esta noche al general Cayo Pompeyo Numa.

MAGA. ¿Y cómo podrá recobrarlo mi protegido?

CUADRO VII.—PENTAPOLÍN.

PENT. Asistiendo al banquete.

MAGA. Imposible. No puede disfrazarse, porque en el momento que cambie de vestidura, el talismán es inútil en sus manos.

PENT. Ya lo sé; pero puede presentarse tal y como se encuentra. Yo me encargo de eso.

MAGA. ¡Oh ilustre sabio!

PENT. Con una condición.

MAGA. ¿Cuál?

PENT. Que vuelvas mañana á contarme el resultado.

MAGA. (Con malicia.) ¿Para qué, si tú lo sabes todo?

PENT. Tienes razón. (Con mal humor.) No vuelvas.

MAGA. Gracias por la amabilidad, rey de la magia.

PENT. (Contrariado.) No hay de qué darlas. Sigue tu camino.

MAGA. (Cerca de la salida, volviéndose con un mohín gracioso.) ¡Chist! ¡Volveré! (Vase.)

PENT. ¡Nada! que tengo que ejercer otra vez. ¡Está visto que ejerzo! (Vase reclamiéndose.)

MUTACIÓN

CUADRO OCTAVO

Salón de columnas en el palacio de Nerón, fuertemente iluminado por artísticas lámparas. En el foro, sobre un templete bajo, la mesa presidencial del festín. Otras dos mesas, perpendiculares á la central, ocupan los costados de la escena. Estatuas, pebeteros y guirnaldas de flores convenientemente distribuídas. El servicio de mesa, rico, hasta donde lo permitan las imitaciones de oro y plata.

ESCENA XV

NERÓN y PAPIA POPEA, en el centro de la mesa trasversal, en la cual comen también cónsules, vestales y guerreros de alta categoría. POMPILIO sentado en primer término en la mesa de la izquierda, por la parte de afuera y al lado de un asiento vacío. CAYO en la mesa de la derecha en la parte de dentro y en segundo término. JEZABEL animando el festín con su canto y su danza. El resto de los lugares los ocupan matronas, generales, patricios, senadores, tribunos, etc., etc. NINETIS y otras cinco esclavas egipcias escancian incesantemente los vinos. Esclavos persas, númidas, galos y macedonios sirven los manjares. Guardan las laterales algunos soldados de la guardia pretoriana. Mucha luz, colores muy vivos, alegría y animación exagerada al hacerse la mutación. Nerón, con los ojos entornados, se reclina muellemente sobre el hombro de Popea.

Música.

JEZ. Desde las cumbres del Líbano
se ven las ruinas de Nínive,
la que arrastraron los bárbaros
en impetuoso tropel.

De sus palmeras
no brotan dátiles.
¡Triste es el páramo
que era vergel!
¡Aip!
¡Aip!
¡Aip!

CUADRO VIII.—NERÓN.

CORO. La danza salvaje
alegra el festín;
baila más, baila más, baila más,
no te rindas al fin.

—

JEZ. En los dorados alcázares
ya no resuenan los pífanos.

CUADRO VIII.—JEZABEL.

y ya no danzan las jóvenes
bebiendo vino con miel.
De sus palmeras
no brotan dátiles.
¡Triste es el páramo
que era vergel!
¡Aip!
¡Aip!
¡Aip!
CORO. ¡Aip!
¡Aip!
¡Aip!
Tu danza salvaje
alegra el festín;
baila más, baila más, baila más,
no te rindas al fin.
¡Aip!
¡Aip!
(Terminado el baile, se retira Jezabel.)

Hablado.

PAPIA. Callen flautas y cítaras. Esclavos
haced que nadie grite ni se mueva
mientras César medita.
POM. (Á medios pelos.) No medites,
divino, porque es fácil que te duerma
NERÓN. ¿No deseáis, patricios y matronas,
que este festín acabe con grandeza?
TODOS. ¡Sí! ¡Sí!
NERÓN. Pues hay un medio. Los bestiarios
van á traer del circo dos panteras
del Egipto, dos tigres de Numidia
y una leona y un león de Armenia,
y á dejarlos en vuestra compañía
cuando yo me retire con Popea.
PAPIA. ¡Hermoso pensamiento!
(Á los demás la idea les sienta como un tiro.)
NERÓN. ¿Calláis todos?
PAPIA. Les asombra ¡oh Nerón! tanta belleza.
POM. Y estamos relamiéndonos de gusto.
CAYO. ¡Unicamente los esclavos tiemblan!

NERÓN. Yo cantaré, entre tanto, en otra estancia,
un himno nuevo á Venus Citerea.
POM. ¡Digna de tí es la idea! Pero hay una

CUADRO VIII.—POMPILIO AULO.

dificultad muy grande.
NERÓN. ¿Cuál es ella?
POM. Que no vamos á oir tranquilamente
las estrofas dulcísimas y tiernas
de tu nueva canción, y moriremos

de mala gana, sin gustarla entera.

NERÓN. Dice bien el borracho.

POM. Además, muchos
de los que están aquí, dudan que seas
el músico mejor del Universo.

NERÓN. Señala quiénes son

POM. Cuando des pruebas
de que no te aventaja un hombre extraño
que á pie ha venido de lejanas tierras
á competir contigo.

NERÓN. Tráele pronto.

POM. Libre este sitio le guardé en la mesa.

NERÓN. Hazle entrar.

POM. (Llamando á un esclavo.)
Scipión.
Habla bajo con el esclavo, que sale del salón en seguida.)
Veréis que nadie
puede ser tan artista como César.

ESCENA XVI

DICHOS, MONSALVE precedido del esclavo.

ANIC. (Entrando y descubriéndose.) ¡Santas y buenas!

NERÓN. ¡Dioses inmortales! ¡Qué figura! (El concurso ríe estrepitosamente.)

ANIC. Vaya, también aquí ha hecho efecto la ropita.

POM. (Á Monsalve, al pasar.) Saluda á César.

ANIC. Ya, ya supongo que tengo que presentarme al amo de la casa. Es aquél, ¿verdad?

POM. El mismo.

ANIC. (Acercándose por enmedio del escenario á la mesa central.) ¡Hola, señor Nerón, usted sin novedad, ¿eh? ¿Aquí la señora buena?

CAYO. (Tirándole del gabán.) No te acerques á Augusta, ¡bárbaro!

ANIC. ¡Ah! ¿esa joven se llama Augusta?

CAYO. Sí.

CUADRO VIII.—Papia Popea.

ANIC. Pues yo no me llamo bárbaro. El bárbaro lo serás tú.

CAYO. Yo me llamo Bruto.

CUADRO VIII.—CAYO.

ANIC. Lo mismo da.

NERÓN. Vé á ocupar tu sitio en la mesa.

ANIC. (Volviendo hacia el sitio vacío.) Gracias á Dios que voy á comer de firme.

NERÓN. ¡Sulpicio! no sirváis manjares al nuevo convidado.

ANIC. ¡Ah! ¿no? ¡Tampoco aquí!

NERÓN. Servidle vinos nada más.

ANIC. ¡Vaya, del mal el menos! Lo peor es que así no voy á poder echar la zarpa al panecillo.

NIN. (Acercándose á él con el ánfora y llenándole de vino la copa.) No vuelvas á acercarte al Emperador, que te cegará con el brillo de su gloria.

ANIC. ¡Hombre, qué monada de niña! ¿Eres doncella de la casa? (Bebe.)

NIN. Soy esclava y me llamo Ninetis.

ANIC. Pues son dos desgracias. Yo tengo un nombre parecido; me llamo Aniceto, ¿sabes?

NIN. ¿Eres de Macedonia, de Numidia ó de Persia?

ANIC. De ninguna de las tres partes. (Vuelve á beber.)

NIN. Entonces eres de Lydia.

ANIC. No, hija, no; desecho de tienta y cerrado. Lléname la copa.

NIN. ¿Te gusta el vino de Capua?

ANIC. ¡Ah! ¿es de Capua? Pues sí; me gusta el vino y me gusta la escanciadora.

NIN. ¿Te gusto de veras?

ANIC. Más que el Emperador.

NIN. ¡Silencio! Cuando todos estéis borrachos, vendré á sentarme en tus rodillas.

ANIC. ¡Atiza! Bien decía el Tenorio:

«Las costumbres licenciosas,
yo gallardo y calavera...»

PAPIA. Cantor extranjero.

POM. (Á Monsalve.) Contigo habla Popea.

ANIC. ¡Anda! ahora se llama Popea y yo soy cantor. ¡Esta gente está loca! ¿Qué hay?

PAPIA. ¿Has remojado la garganta?

ANIC. Estoy en ello. (Bebiendo.)

PAPIA. César está dispuesto á comparar su voz con la tuya.

ANIC. ¡Caramba! ¡Cuánto honor! Mi voz es muy poquita cosa.

NERÓN. ¿Pues no eres el asombro de Grecia?

CUADRO VIII.—NINETIS.

ANIC. ¡Ca, hombre! Ni siquiera de Villanueva del Arzobispo, donde tienen ustedes su casa.

POM. (Aparte á Monsalve.) Canta cualquier cosa ó si no tu vida corre peligro. He dicho que tenías una voz divina, para que te dejaran entrar aquí.

ANIC. Pues la has metido, Popeo.

POM. Me llamo Pompilio Aulo.

ANIC. ¡Chócala, Aulo! (A este romano me parece que le he visto yo en la Ronda de Atocha.)

NERÓN. Esclavos: preparad citaras, flautas, laúdes y sistros. ¡César va á cantar! (Se levanta de la mesa.)

TODOS. ¡Salve! ¡Salve!

ANIC. ¿Salve? ¡Para mí podeis rezar el Credo! Gracias á que todos estamos un poco mal de la cabeza.

NERÓN. Senadores, cónsules, centuriones, vestales, tribunos, vosotros juzgaréis.

ANIC. ¡No, no! ¡Eso no vale! Van á decir que canto yo peor, porque tú eres el que convida.

NERÓN. Empecemos. ¿Sabes el himno á Júpiter?

ANIC. No, pero lo iré aprendiendo.

Música.

NERÓN.
Prisionera en alta torre
Danäe llora noche y día,
porque sufre, siendo bella,
de los hados el rigor.
Pero Júpiter la adora,
y más dulce que ambrosía
convertido en lluvia de oro
en la torre entró el amor.
¡Oh, nobles quirites,
hijos de Rómulo,
cantad á Júpiter,
que es el amor!

ANIC. ¡Júpiter!

NERÓN. ¡Júpiter!

CORO
Cantad á Júpiter,
que es el amor.

—

CUADRO VIII.—Esclavas.

ANIC. Dicen que la lluvia de oro
en el Banco cae por dentro,
y los míseros mortales
no conocen ni el color.
Cuando viene de allá fuera
salen muchos á su encuentro,
y se queda en las aduanas,
donde tiene su valor.
¡Oh, nobles quirites.
hijos de Rómulo,
cobrad en francos,
que es lo mejor!

NERÓN. ¡Júpiter!

ANIC. ¡Júpiter!

CORO. Cantad á Júpiter,
que es el amor.

Hablado.

NERÓN. Basta; la duda no es posible. Tienes la voz del cuervo.

ANIC. ¡Adiós, canario más sonoro!

NERÓN. Ilustre Senado, ¿á quién concederías el premio?

TODOS. ¡A ti! ¡A ti!

ANIC. ¡Claro, lo que yo me figuraba; las influencias!...

NERÓN. No tiembles. Nerón es generoso con los vencidos.

ANIC. ¡Lo que han calumniado á este hombre!

NERÓN. Ahora puedes comer y beber cuanto te plazca. ¡Hasta mañana no irás al circo!

ANIC. ¡Hombre! ¿A ver á los clowns?

NERÓN. A luchar con las fieras. (Vuelve á sentarse.)

ANIC. ¿Yo? ¿Yo á luchar con las fieras? ¡Ah! ¡Me he salvado! ¡Aniceta!

NIN. (Acercándose.) Ninetis.

ANIC. Bueno, es lo mismo. Tráeme lo mejor que encuentres. Y no se te olvide un panecillo francés que debe andar rodando por ahí, si algún Pompilio de esos no le ha metido el diente.

CUADRO VIII.—Nerón.

NIN. ¿Qué dices?

ANIC. ¡Ah, sí, que esto no puedes entenderlo! Un pan de las Galias. En cambio te daré la libertad. (Ninetis va á separarse de Aniceto, pero él la detiene y la dice, dando muchísima importancia á la promesa.) Y... te pondré un pisito en la carrera de San Jerónimo. Anda. ¡A ver! Otra esclava. ¡Venga Chipre!

CUADRO VIII.—ANICETO Y NINETIS.

POM. ¿Has logrado tu objeto?

ANIC. Todavía no, pero está al caer. (Vuelve Ninetis con el panecillo misterioso.)

NIN. (Entregándole el panecillo.) ¿Es esto lo que pides?

ANIC. (Recobrando el talismán con la satisfacción consiguiente.) ¡Esto! ¡Gracias á Dios que vuelve á mis manos! ¡Emperador de chicha y nabo! Yo te desafío, ¿oyes? (Gran alboroto en las masas.)

POM. Perdónale, César. Está también borracho.

ANIC. ¡Mañana en el circo me las pagaréis todas juntas!

Música.

TODOS. ¡Júpiter!
¡Júpiter!
Cantad á Júpiter,
que es el amor. (La alegría se desborda.)

MUTACIÓN

CUADRO NOVENO

Galería de paso entre el anfiteatro y el aposento de los gladiadores.

ESCENA XVII

ANICETO MONSALVE.

¿Hacia dónde caerá la Numidia? Debe de ser tirando á la derecha, conforme se sale de Barcelona; pero á muchísimas leguas de distancia. Bueno, pues de allá, de tan lejos, han ido á traer el tigre que me va á devorar esta tarde si el talismán no me obedece. ¡Y que sea de la Numidia es lo que más me carga, hombre! ¡Si fuera de Guadalajara, podría pasar; pero de la Numidia! Pero me estoy apurando tontamente, porque con el panecillo en mi poder, ¡valiente cosa se me puede dar del animalucho de Nerón y de todos los tigres que me suelten, sean de donde sean! Lo primero es ver si esto funciona. ¡A ver! ¡Necesito inmediatamente á la Maga!

ESCENA XVIII

ANICETO MONSALVE y la MAGA.

MAGA. Aquí me tienes.

ANIC. ¡Vaya! ¡gracias á Dios! ¡Qué peso se me ha quitado de encima! Buenas tardes, señora; ¡tanto tiempo sin vernos!

MAGA. Se acerca el momento terrible y decisivo.

ANIC. ¡Y tan terrible! ¡No venga usted á asustarme ahora!

MAGA. Si sales de esta última prueba, la Princesa será tuya.

ANIC. Y la púrpura y los esclavos, ¿eh? ¡Que no se vaya á olvidar eso!

MAGA. ¿Cuál es tu plan?

ANIC. Muy sencillo: salir al ruedo con el talismán en la mano, esperar tranquilamente al tigre, darle tres de pecho y uno en redondo, citar á recibir metiendo el pie como Dios manda, y ¡zas!, dejarle convertido en una ensaimada de Mallorca, para comérmela de postre el día de los desposorios.

MAGA. ¡Infeliz! ¡Has hecho bien en llamarme!

ANIC. ¿Por qué?

MAGA. Porque no podrías realizar nada de eso.

ANIC. ¡Caracoles!

MAGA. En el momento de pisar la arena y aparecer el tigre, quedarías convertido en simple mortal y serías despedazado entre los aplausos de la muchedumbre.

ANIC. Entonces... (Por el pancillo.)

MAGA. Eso no tiene virtud en presencia del nigromante tu enemigo.

ANIC. Ya lo sé, pero ¿dónde está el nigromante? ¿Será alguno de los de la charanga?

CUADRO X.—SOLDADO.

MAGA. No; está oculto en el cuerpo del tigre.

NIC. ¿En el cuerpo del tigre? ¡Pues en buena me he metido!

MAGA. Escúchame.

ANIC. Habla.

MAGA. En cuanto la fiera salga de su cubículo...

ANIC. Cubí... ¿qué?

MAGA. De su encierro, vamos, tú la esperas á pie quieto á la puerta.

ANIC. Vamos, sí; un quiebro á *porta gayola*.

MAGA. Y cuando se lance sobre ti abriendo la boca para devorarte, le haces tragar el panecillo.

ANIC. ¡Toma! y me quedo sin virtud maravillosa.

MAGA. No; porque está escrito que en cuanto el Mago pruebe ese pan morirá entre espasmos espantosos, y la Princesa quedará libre.

ANIC. ¡Ah! ¡Vamos! Pues todo eso es muy fácil. (Empieza á oirse dentro la marcha de los gladiadores.)

MAGA. Ahora, serenidad y arrojo. Ya van á salir los gladiadores. Unete á ellos y disponte á la lucha final. Tú eres el primero de la tarde.

ANIC. Vamos, sí; el que rompe plaza. ¿Y luego?

MAGA. Luego... ya me verás en tiempo oportuno. ¡Valor! (Vase la Maga.)

ANIC. ¡Valor! ¡valor! .. Se hará lo que se pueda. ¡Hola! Aquí están mis compañeros. Supongo que ahora iremos á que nos pongan la divisa.

(Desfile de los gladiadores. Aniceto se une á ellos y todos cruzan el escenario de izquierda á derecha.)

MUTACIÓN

CUADRO ÚLTIMO

El anfiteatro romano con las graderías atestadas de gente. Á la izquierda, en primer término, Nerón, Papia Popea, Pompilio, Cayo y algunos otros caballeros y generales. Los cónsules y el jefe de la guardia pretoriana presencian el espectáculo. Bajo el palco que ocupa Nerón la puerta por donde han de salir las fieras, guardada por un bestiario.

ESCENA XIX

La CORTE DE NERÓN. Á poco ANICETO MONSALVE con media coraza sobre el gabán y un casco estrepitoso y el CORO DE GLADIADORES, que salen á su debido tiempo, hacen el paseo y saludan al Emperador. Después CORO DE DONCELLAS, y por último, la PRINCESA.

Música.

GLADIADORES. Ave, César, te saludan
los que vienen á morir.
Por el César y ante el César
es hermoso combatir.

(Desfilan nuevamente ante el concurso y vanse. En seguida entra Aniceto solo como si le empujaran.)

ANIC. Aquí me sueltan
como un Veragua.
¿Seré careto?
¿Seré mogón?

(Abrese la puerta de los cubículos, asoma un tigre furioso. Monsalve le espera bravamente, hace como que sostiene con él una pequeña lucha, y en el momento

preciso le mete el panecillo por la boca. Se oyen unos rugidos espantosos.)

¡La puerta se abre!
Sale la fiera. .

(En este momento cesa la música el tiempo preciso para que Monsalve simule la lucha lo más cómicamente posible.)

CUADRO X.—ANICETO.

¡Toma, granuja!

(El tigre muere en el acto.)

Ya reventó.

(En cuanto el tigre muere se oye dentro el coro de doncellas.)

—

DONC. (Dentro.) ¡Gloria, gloria al valiente
que en la lucha venció!

CUADRO X.—La princesa.

ANIC. ¡Esas chicas traen el premio
que la Maga me ofreció!

(Salen las doncellas de la Princesa magníficamente ataviadas.)

DONC. Sembrando á su paso
perfumes de Oriente,
cubierta de flores
de mágico olor,
la hermosa Princesa
que adora al valiente
le ofrece su amor.

(Aparece la Princesa, con un traje vistosísimo excesivamente recargado de flores y pedrería. El tipo ha de ser un poco ridículo, pero de ninguna manera repugnante. La rodean esclavas que la dan aire con abanicos de plumas y la cubren con un quitasol enorme.)

PRIN. Dulce dueño mío,
á mis brazos ven.
¡Ven!
¡Ven!

ANIC. (Asustado al verla.)
Mañana temprano
me marcho en el tren.

PRIN. No mis caricias
desprecies, no.
¡No!
¡No!

CORO. Abraza á la esposa
que el cielo te dió.

ANIC. La Maga me ha engañado
lo mismo que á un chiquillo.
Si yo lo huelo á tiempo,
me como el panecillo.

—

(Se acerca á la Princesa y á regañadientes la ofrece la mano. Empieza un brillantísimo desfile.)

CORO. ¡Gloria, gloria al valiente
que ha sido vencedor!
¡Feliz mil años viva
gozando de su amor!

(Marcha triunfal.)

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El Grillo, periódico semanal, ídem íd. íd.

La gente menuda, ídem íd. íd.

El baile de máscaras, ídem íd. íd.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero

La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto y en prosa, música del maestro Marqués.

Los inocentes, revista en un acto en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa, boceto lírico en un acto y en prosa, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Monttesinos.

El siglo XIX, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches y D. José López Silva, música del maestro Montesinos.

Jaque á la Reina, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

¿Quo vadis?, zarzuela de magia en un acto, en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el domicilio de la **Sociedad de Autores Españoles, Salón del Prado, 14, hotel,** considerándose como fraudulento todo el que carezca del sello de dicha Sociedad.